

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Silvestre Villegas Revueltas

“Anselmo de la Portilla”

p. 99-120

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



ANSELMO DE LA PORTILLA

SILVESTRE VILLEGAS REVUELTAS*

DATOS BIOGRÁFICOS

Portilla nació el 3 de febrero de 1816 en Santander, España. El país se había liberado de los franceses pero comenzaba a padecer la restauración borbónica. Ambiente conservador que permeó al continente europeo durante la primera mitad del siglo XIX, y que alternó en algunas ocasiones, como fue el caso de aquel país, con movimientos revolucionarios; sirva de ejemplo la sublevación constitucionalista encabezada por el coronel Rafael del Riego, que aceleró de manera indirecta el proceso de independencia de la nueva España. Sin embargo, una vez derrotado este alzamiento de tinte liberal, se produjo una era de intolerancia que constituyó una de las características más importantes del reinado de Fernando VII. El país que vio la juventud de Anselmo de la Portilla exageró su fidelismo monárquico y asumió las ideas que preponderaron durante el Congreso de Viena. No fueron el punto de partida como en Francia, sino el comienzo del inmovilismo, del equilibrio perpetuo y de algo muy importante: un miedo esencial hacia las transformaciones, al espíritu reformista que será preponderante en las potencias de la época.

Cuando contaba con 23 años (1838) el castellano decidió cruzar el Atlántico, llegó a México en un momento importante de la vida política del país: el establecimiento de relaciones diplomáticas con la antigua metrópoli, con lo que culminaba una serie de negociaciones de suyo complicadas. Era el tiempo en que las asonadas se sucedían día a día y el poder presidencial iba de Anastasio Bustamante a Antonio López de Santa Anna, quien lo depositaba interinamente en Valentín Canalizo. Todos ellos eran generales de un ejército que se consideraba intérprete de la voluntad general, árbitro de una sociedad en formación e inconsciente, pues no sabemos si sus principales jefes se percataron que por la actitud viciosa del cuerpo armado, éste se convertiría en un factor de desequilibrio y oneroso para las arcas públicas por el alto costo que significaba cada cuartelazo.

*Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

Por aquellos años, entre 1840 y 1842, se consolidaba en el país un grupo político que existía de tiempo atrás y que criticaba las exageraciones que propugnaban liberales y conservadores, “fracciones” ambas, según la literatura política de la época, que luchaban por la desaparición de la otra sin dejar lugar al espíritu de concordia y tolerancia. Los moderados, como a sí mismos se llamaban, estaban encabezados por el general Manuel Gómez Pedraza, antiguo diputado a las Cortes de Cádiz, ex presidente de la república y miembro de la logia escocesa. Él aglutinó en un partido político a varios jóvenes prometedores como Mariano Otero, José María Lafragua, Manuel Payno e Ignacio Comonfort entre otros, que eran de la misma edad que De la Portilla y que —en un futuro cercano en la década de los cuarenta— compartirán un proyecto ideológico perfectamente definido que el ibérico asumirá como propio. Estos jóvenes participaron en el Constituyente de 1842, que fue un intento por volver a una legalidad acorde con los sentimientos del momento, esperanza que se desvaneció por la prepotencia militar del caudillo veracruzano, por lo que México siguió en un estado de indefinición que le traería nefastas consecuencias en el futuro inmediato.

Portilla, en los cuarenta, colaboró en la redacción de periódicos ultramontanos como *El Católico*, *El Universal*, *La Voz de la Religión* y otros tantos que estaban acordes con el conservadurismo que era parte de su herencia hispánica. En 1847, a pesar de ser extranjero, sufrió como algunos cuantos mexicanos lo humillante que significaba la derrota frente a Estados Unidos. Es casi seguro que haya meditado, como todas las gentes con intuición y sensibilidad, sobre el futuro de la república, pero muy especialmente por las causas que engendraron el terrible devenir que afectaba la tierra donde vivía.

Para José Fernando Ramírez, un moderado, la guerra había sido desastrosa por la incapacidad militar para hacerle frente a un ejército bien organizado y pertrechado, pero especialmente dolorosa por la actitud que tomó la población en su conjunto, por la impavidez frente a los sufrimientos de los defensores veracruzanos o los de Monterrey, como si fueran acontecimientos que tuvieran lugar en un país lejano. El “espíritu de partido” en la rebelión de los polkos, el egoísmo de la Iglesia católica, la miopía, que a su juicio echó por tierra todos los esfuerzos de Valentín Gómez Farías; en fin, toda una serie de calamidades que revelaban una triste verdad: México todavía no era una nación. Lo existente eran solamente los intereses particulares que, aunque pudieran identificarse en las corrientes del liberalismo y el conservadurismo, no podían desarrollarse por la falta de un programa de acción preconcebido y por el individualismo de los actores en el plano político.

Esta sucesión de acontecimientos y situaciones le proporcionó a

Anselmo de la Portilla una conciencia sobre la problemática de México que se revela en un viraje político, no del todo nítido, ya que adopta una de las posturas del conservadurismo en el sentido de recalcar la afinidad esencial entre México y España, posición muy congruente dado su origen, y popular dentro de ciertos grupos que vieron con razón el peligro que significaba el avance anglosajón de Estados Unidos. Actitud sobre la relación binacional que mantendrá a lo largo de su vida, sobre todo en los momentos álgidos del periodo como 1856-1857, 1861-1862 y 1867-1870.

Colaboró en la redacción del *Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII*, fundó en 1850 *El Español* y también participó en el *Eco de España*, publicaciones que surgieron en los gobiernos de la posguerra que fueron encabezados por los moderados José Joaquín de Herrera y Mariano Arista. Este último, con menor capacidad de negociación que su antecesor, no logró resolver su enfrentamiento con el Congreso que asumió una actitud de franca rebeldía hacia el presidente.

Asimismo, el gobierno fue víctima del desenfreno de la prensa durante su corta existencia y una revolución que en su origen sólo trataba de cuestiones relacionadas con la ciudad de Guadalajara sufrió una evolución *sui generis* que acabó en la imposición de una dictadura militar de más de dos años y medio. El régimen de don Antonio López de Santa Anna hizo suyos los postulados del partido conservador, excluyendo sin contemporización alguna todas aquellas opiniones que fueran distintas de su programa de acción. La intolerancia del régimen, aunada a una serie de rencillas personales, dio por resultado un levantamiento que se conoce como la Revolución de Ayutla.

Para relatar lo sucedido en 1855, Anselmo de la Portilla decide redactar un libro sobre la última revolución que ha presenciado en el país. El autor había llegado a estas tierras quince años antes y durante todo este lapso se compenetró en la intrincada realidad mexicana. Aunque propenso hacia el conservadurismo, comprendió que una solución a los problemas de México radicaba en la no exclusividad de las facciones. La “revolución” que era una forma de vida tenía que terminar pues estaba carcomiendo al país. Cuando llegó a Veracruz en 1840 Santa Anna era presidente y pudo observar varias administraciones encabezadas por él; ahora escribía sobre su caída, no era la primera y eso lo sabía perfectamente, pero sí la última. Concluía una época, cosa que Portilla supo descifrar y que plasmó en la obra *Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna (1853-1855)*.

Portilla colaboró entre 1856 y 1857 en el diario *El Estandarte Nacional*, publicación que fue acusada por los periódicos de oposición (puros y conservadores) de ser oficialista y pagada por el gobierno,

crítica que me parece correcta, a pesar de las reiteradas negativas del editor que no es De la Portilla, pues su lectura nos remite necesariamente al lenguaje particular de los ministros pertenecientes al gabinete de Ignacio Comonfort, además de que utiliza calificativos y concepciones políticas propias del moderantismo del gobierno y que el ibérico ha empleado en su libro sobre la Revolución de Ayutla. Asimismo su simpatía por los gobernantes del momento se manifestó en la publicación del libro *México en 1856-1857. Gobierno del general Comonfort*, obra que fue elaborada en el exilio, situación que nos revela el grado de compenetración con el régimen que cayó a consecuencia del llamado golpe de Estado. Acontecimiento fundamental en la historia de México y que De la Portilla trata de explicar, con el objeto de que el lector comprenda cuál fue el verdadero sentido de dicha maniobra.

Como ya apuntamos, don Anselmo salió de la República Mexicana al iniciarse la Guerra de la Reforma, se detuvo algún tiempo en La Habana para radicar finalmente en la ciudad de Nueva York, donde se encontró a diversos mexicanos que habían colaborado en la administración de Ignacio Comonfort. En esta ciudad fundó el periódico *El Occidente* y publicó su novela *Virginia Stewart, la cortesana. Historia de amor, vicio y sangre*. Un año después, a fines de 1859, cuando los liberales juaristas radicados en Veracruz leyeron el libro sobre el régimen del ex presidente, las reacciones no se hicieron esperar, especialmente los comentarios hechos por Manuel Gutiérrez Zamora, quien calificó a Portilla como “el historiador pagado de aquella nefasta administración”. Sostenía en el *Liberal de Veracruz* que la presentación de los acontecimientos era equivocada pues se tergiversaba la trama de esos años, y era inútil que el ex presidente por medio de este texto creyera que sería perdonado por la nación, cuando por su egoísmo —Zamora subraya que intentó convencer a Comonfort que no abandonara el país— hundió al país en una guerra civil que no tenía parangón en los faustos de la historia independiente. Llegaron a tal grado los ataques al libro y a los supuestos comonfortistas radicados en México, que la prensa conservadora en la ciudad de México sostuvo que la “familia enferma” les temía más a los moderados que al gobierno del general Miguel Miramón que aparentemente era el enemigo a vencer. Esta aversión hacia el partido moderado tiene su explicación porque durante 1860 fue aumentado el consenso en pactar la paz para la república —argucia que no aceptaba Benito Juárez— ya que la guerra había resultado más sangrienta y duradera de lo que originalmente calcularon las “facciones” contendientes. A lo anterior se agrega el insistente rumor del retorno a México de Comonfort, suceso que se verificará en 1861 bajo la protección de Santiago Vidaurri, gobernador del estado de Nuevo León.

El gobierno mexicano decidió en este último año suspender por dos años el pago de la deuda externa y con ello España, Francia e Inglaterra tuvieron el pretexto necesario para invadir el país, proyecto que estaba contemplado por lo menos con un año de anterioridad, según consta en la correspondencia privada de Manuel Doblado.

Anselmo de la Portilla regresó a México y en el Puerto de Veracruz obtuvo permiso de Juan Prim, comandante general de la expedición española, para editar *El Eco de Europa*, publicación protegida por los intereses extranjeros.

No era partidario de la Intervención; pero acudió al llamado del Imperio llevado de aquella bondad de corazón que lo presentaba en ocasiones contradictorio. Su único defecto, escribía Roa Bárcena para atenuar aquel paso, era su excesiva complacencia. Y no hay tal: Portilla era partidario del Imperio, por ser contrario al régimen republicano encabezado por Benito Juárez. Dirigió el *Diario del Imperio* y escribió las *Revistas Quincenales de México* que mandaba al extranjero.¹

Andrés Henestrosa es muy claro en el anterior párrafo y acusa al ibérico de ser adepto al proyecto monárquico que encabezaría Maximiliano de Habsburgo. Seguramente la postura que adoptó al igual que muchos correligionarios como José Fernando Ramírez, Manuel Siliceo, José López Uruga, Manuel Larrainzar y otros tantos moderados, que no la totalidad —pues muchos apoyaron la causa republicana o se mantuvieron en un plano de aparente indiferencia para ver pasar la tormenta y aprovechar la coyuntura, como señalaría Francisco Bulnes—, era que la única vía de salvación para que México no se desintegrara radicaba en aceptar al Imperio encabezado por un monarca extranjero, con los suficientes títulos morales y de legitimidad para sobreponerse a la lucha de facciones que había caracterizado la vida independiente del país. A lo anterior debía agregarse que Maximiliano profesaba conceptos de política cercanos al liberalismo moderado que todos ellos habían asumido. Por ello fueron incorporados al gabinete y en consecuencia su estancia favoreció al ambiente liberal que caracterizó la primera época del gobierno de Maximiliano. Al establecerse en 1864 el gobierno imperial, Portilla publicó la obra *De Miramar a México* que es simplemente la relación del viaje de los soberanos, de los festejos con que fueron recibidos a su llegada a la ciudad de México, así como la transcripción de diversos artículos, discursos y odas que proliferaron en la prensa del momento.

¹ Andrés Henestrosa, "Prólogo", en Anselmo de la Portilla, *Historia de la revolución de México contra la dictadura del general Santa Anna (1853-1855)*, México, Fundación Miguel Alemán, 1991, p. xxxii.

Resulta también interesante el dato que refiere Henestrosa sobre las revistas que redactó y que se enviaban al extranjero, ya que por el título se parecen a las *Revistas históricas* elaboradas a partir de abril de 1862 por José María Iglesias, cuyo propósito era referir “la delicada situación en que se encontraba entonces la República Mexicana con motivo de la intervención extranjera que en tan grave peligro puso nuestra nacionalidad”,² publicaciones ambas que nos sugieren las preocupaciones de los sostenedores de ambos proyectos políticos, no sólo por informar sino especialmente por explicar una situación de cosas que para ellos era esencial dado el compromiso que habían asumido.

En junio de 1867 se consumó el triunfo republicano, o sea tres meses después de que Anselmo de la Portilla había iniciado la publicación de *La Iberia*, periódico político y literario, quizá su aventura periodística más sólida, ya que fue su editor hasta 1879 cuando le sobrevino la muerte. En uno de sus números, cuando se rumoraba un nuevo intento de invasión por parte de las potencias europeas como represalia por el fusilamiento de Maximiliano, Portilla sostuvo en el editorial del día diversos conceptos en torno al proyecto imperial y la lucha que por otra parte llevaron a cabo los defensores del republicanism. Como colofón a esas reflexiones subrayó lo siguiente:

Después de lo que ha pasado en México, los gobiernos de Europa no volverán a hacer locuras, y menos los de Austria y Francia que tanto tienen que hacer por allá para no ser devorados por las terribles cuestiones que se agitan en su seno y en torno suyo. México es como el jardín de las Hespérides, con su dragón que guarda las manzanas de oro. El dragón es su ánimo y no hay un Hércules que pueda matarle. El mundo debió saberlo hace mucho tiempo, y debe haberlo aprendido bien en estos últimos años.³

La Iberia asumió las posturas tradicionales de De la Portilla, esto es, el moderantismo que se refleja en un llamamiento a la concordia entre los partidarios del liberalismo y el conservadurismo, y además una marcada preferencia por narrar los acontecimientos políticos, literarios, científicos, etcétera, que tenían lugar en España. Publicó muchos documentos para reconstruir la historia del periodo colonial, como el *Teatro mexicano* de fray Agustín de Betancourt y *La conquista de México* de Francisco López de Gómara, entre otras, y asimismo proporcionó un lugar importante para las creaciones literarias. Su interés por esta

² José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*, México, Porrúa, 1987, p. 1.

³ *La Iberia*, 25 de septiembre de 1867.

disciplina le permitió participar en 1875 en la fundación de la Academia Mexicana de la Lengua, organismo al que perteneció por el resto de sus días (murió el 3 de marzo de 1879). Había llegado a México 40 años antes (1839) y consideraba estas tierras y España como una sola patria “con tal de que México se mantuviera fiel a España, a su historia y tradiciones: su prolongación”.⁴

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN DE MÉXICO CONTRA LA DICTADURA DEL GENERAL SANTA ANNA (1853-1855)

El libro es decididamente un texto que relata una serie de acontecimientos, es una investigación y por eso le queda muy bien el sustantivo de historia. Contiene una serie de datos importantes que permiten reconstruir el curso de la revolución según la óptica de don Anselmo, ya que además de tener un estilo narrativo muy fluido, da a entender con toda claridad la intención por la cual se hizo la obra y la ideología que suscribe el autor. Es necesario recalcar que cuando salió el libro que narra la Revolución de Ayutla, Anselmo de la Portilla ya era decididamente un simpatizante del partido moderado. Páginas atrás subrayamos que a su llegada a México era un adepto del conservadurismo; ahora compartía con el presidente de la república, el general Ignacio Comonfort, sus ministros más importantes, Lafragua, Payno, Montes, Manuel Siliceo y otros más, la filosofía del reformismo en la política, que conlleva la idea de un evolucionismo esencial en la vida de las naciones y de los hombres en particular. Por estas razones se identifica plenamente con el gabinete del momento, y es tal la simbiosis que al leer su texto encontramos similitudes sorprendentes con las concepciones políticas de Lafragua, sin duda una de las mentes más brillantes del gobierno y del moderantismo como ideología.

El libro fue impreso en 1856 en los talleres de Vicente García Torres y tuvieron que pasar más de 130 años (1987) para que se reeditara una segunda versión facsimilar por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, dependiente de la Secretaría de Gobernación. Por último, la fundación Miguel Alemán imprimió en 1991 otra versión donde le agregaron, como en la versión príncipe, copias de litografías de personajes de la época, planos de distintos combates, de manera especial la batalla de Ocotlán, Tlaxcala, que se verificó en marzo de 1856, índice onomástico y un estudio de Andrés Henestrosa.

⁴ Andrés Henestrosa, *op. cit.*, p. xxxiii.

El individuo y la historia

Anselmo de la Portilla sostiene que su obra tiene la dificultad de ser un libro de historia contemporánea, historia inmediata como han sostenido diversos teóricos de la historiografía. Tipo de relación que no puede escribirse bien, pues tiene el inconveniente de haber sido hecha en presencia de los mismos acontecimientos. La obra, que no es un relato autobiográfico, considera como eje del estudio a los personajes sobresalientes del momento; por ello afirma que los partícipes de la narración están retratados con sus “perfecciones y sus defectos”, criterios ambos que, a pesar de la objetividad con que se ha tratado de realizar la obra, no son independientes de la amistad, comunidad de intereses y resultados de los acontecimientos que necesariamente debe ponderar el historiador. A pesar de lo anterior y en una aparente contradicción, indica que la historia contemporánea “es una matrona algo adusta que dice las verdades aunque sean amargas”.⁵

Subraya Portilla que en el libro donde actúan muchos individuos hay retratos de hombres superiores que merecen que la humanidad los contemple porque son la gloria de nuestra especie. Si uno de ellos, Comonfort, se encuentra hoy en la cúspide del poder, no se debe borrar lo escrito por miedo a ser acusado de parcial ya que sigue el criterio de François Chateaubriand de que la historia “premia y castiga”. Además en el relato se encuentran hechos y hombres que ya han entrado al dominio de la historia; “por eso se les ha juzgado, con el derecho que tiene el historiador para ello”.⁶ Criterio el anterior muy decimonónico y también sentido que adquiere su trabajo, ya que pone en evidencia la nota común del libro: es un texto acusador de Santa Anna y vindicativo de don Ignacio. De éste analiza su vida, su carácter que es un rasgo distintivo en su actuación política y sus antecedentes. Comonfort era para el ibérico el alma del movimiento suriano, era uno de esos hombres que la humanidad debía estudiar y la historia consignar como ente excepcional.

Este sesgo característico del libro dio pie a que José María Vigil en el *México a través de los siglos* calificase la obra como encomiástica de aquel individuo, más que un relato pormenorizado y equilibrado sobre el movimiento liberal de Ayutla. Para el ibérico, el general Juan Álvarez y Florencio Villarreal fueron tan sólo peones en esta intrincada coyuntura.

⁵ Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, p. II.

⁶ *Ibid.*, p. III.

Por otro lado, siguiendo la lógica de personificar la historia en un solo hombre, hace responsable absoluto a Santa Anna de todos los atropellos que cometió la dictadura, lo mismo en la esfera de los llamados perturbadores del orden o revolucionarios, como aquellos que al opinar críticamente contrariaban por su actitud, aunque fuese en la esfera de la vida privada, los deseos y gustos de la "tiranía". Y en este sentido afirma:

Una vez desaparecidos los que por sentimientos o por carácter, oponían algún dique a los desmanes de la nueva política, la persecución no conoció límites y los habitantes de México no pudieron ya exhalar un suspiro, ni murmurar una queja, sin que al punto los amagase el sable de un soldado, la mano de un esbirro.⁷

Estructura

Para sostener su descripción, De la Portilla inserta una serie de notas a pie de página con los nombres de aquellos a "quien corrió la suerte de caer en desgracia", y da noticias de los bandos publicados por el gobierno en contra de los revolucionarios o creando cosas tan ilógicas como el formar un regimiento con soldados suizos. Para demostrar que lo narrado no es una exageración, agrega al final del texto un apéndice documental de 124 páginas, o sea una cuarta parte del libro, dato que nos habla de su preocupación para que el lector pueda comprobar la veracidad de lo que se está relatando. Además cita a diversos autores clásicos, con lo que asume el concepto de autoridad. Lo hace con el objeto de reforzar todas las preguntas que deben ser reflexionadas por el lector y para que comprenda los motivos claramente fundados para que se verificara un alzamiento. Afirma que es un hecho que los tiranos siempre se han comportado de la misma forma, lo que aunado a la gran cantidad de información puede ofrecer una idea exacta de lo que pasaba, ya que según él muchos considerarán exageradas las maldiciones que escuchen de todos los ciudadanos "de todas las clases y todos los partidos".

El movimiento armado ocupa cuatro capítulos del libro y prácticamente la mitad del relato; en él don Anselmo recorre paso a paso las diversas campañas militares. Siempre agrega notas a pie de página para entrar en detalle sobre alguna persona o acontecimiento, o para remitir el apéndice donde se encuentra el texto que corrobora su descripción. En julio de 1855, Santa Anna decidía abandonar su puesto, del cual le

⁷ *Ibid.*, p. 9.

arrojaba más bien el despecho de la nación que la fuerza de las armas de sus enemigos; consideración esta última que se hizo común en la literatura política de la época y ha pasado a nuestros días. Error, según nuestro punto de vista, ya que un análisis de las diversas expediciones militares muestra que muchas operaciones tuvieron una dureza pocas veces vista, como fue la campaña santanista en el estado de Michoacán. También podría considerarse la Batalla de Zapotlán El Grande, donde las fuerzas de Comonfort triunfaron después de una sangrienta ofensiva. En ese año y medio de encuentros militares sí se formó una opinión pública en torno a la revolución suriana, lo que nos explica el apoyo brindado por el pueblo y cómo éste se dio cuenta de que, a pesar de los esfuerzos santanistas por acabar con los “facciosos”, éstos en lugar de disminuir aumentaron sus contingentes y el territorio donde dominaban. Tal es el caso de la toma de Monterrey por las fuerzas del general Santiago Vidaurri, quien además puso fuera de la ley a don Antonio y al ejército que lo sostenía.

El dictador caía, en el criterio de Portilla, porque a pesar de que pudo llenar una gran misión, pues contaba con recursos abundantes y poder sin límites que, siendo bien administrados hubieran podido cambiar la situación de la república, gobernó abusando de las tesis conservadoras. Quiso dominar por el terror y fue aborrecido; quiso ahogar en sangre a sus víctimas. Se cumplía, según el ibérico, como en las máximas de Virgilio en la *Eneida*, donde los tiranos eran castigados con las penas del infierno, o en los textos bíblicos de Isaías o Jeremías, donde estipulaban que aquellos que habían establecido leyes inicuas para oprimir a los pobres serían destruidos y despreciados. Para ejemplificar lo que quería dar a entender me pareció oportuno reproducir del Antiguo Testamento lo siguiente:

Sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al Altísimo... Se inclinarán hacia ti los que te vean, te contemplarán, diciendo: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra, que trastornaba los reinos?... Pero tú echado eres de tu sepulcro como vástago abominable... No serás contado con ellos en la sepultura; porque destruiste tu pueblo. No será nombrada la descendencia de los malignos... Is. 14:14, 16, 19, 20.⁸

De esta manera Portilla condenaba sin concesión alguna al régimen de Antonio López de Santa Anna; lo había hecho por la forma en que llegó al poder y lo juzgó por las atrocidades que bajo sus órdenes se cometieron.

⁸ *La santa Biblia. Antiguo y nuevo testamento*, United Kingdon, Sociedades Bíblicas Unidas, 1964, p. 661.

Es indispensable remarcar como característica del libro que la narración abarca más tiempo que el título de la obra, que comprende claramente el lapso entre 1853 y 1855. En este sentido alrededor de una cuarta parte la dedica a relatar ciertos acontecimientos entre diciembre último y abril de 1856 con su correspondiente apéndice documental.

Ideología

Otro aspecto, quizá el más interesante del libro sobre la Revolución de Ayutla, es la clara profesión de fe política de De la Portilla. Inicia-mos este ensayo exponiendo algunos datos biográficos pero enmarcán-dolos en el devenir político nacional de su momento. Y lo hicimos, porque los dos textos escritos por don Anselmo son eminentemente libros de historia política, donde explica el proceso de un movimiento revolucionario y el gobierno de un presidente que se propuso reformar al país sin violencias. Como indicamos páginas atrás, él coincide, por su fecha de nacimiento, con Ignacio Comonfort y sus amigos que integraron el gabinete, pero también con la contraparte conservadora, como el obispo Labastida y los generales Márquez y Mejía. O sea, la generación que nació durante la guerra de independencia y participó decididamente en la época reformista. Si bien es cierto que a su llegada se había identificado con aquellos que defendían la tradición al grado de compartir páginas con Lucas Alamán, Teodosio Lares y otros más, con el tiempo modificó su postura como lo hicieron Luis de la Rosa y Mariano Riva Palacio, por mencionar dos ejemplos. La experiencia en el país y su conocimiento de los sucesos lo llevaron a concebir una teoría que se puede rastrear fácilmente a lo largo de sus dos libros y es en torno a la naturaleza de la revolución como movimiento social característi-co del siglo XIX. La siguiente cita retrata muy bien el pensamiento moderado:

Las revoluciones de México, como todas las del mundo en el siglo actual, tienen por causa la exageración de los principios políticos. Hijas de esa lucha encarnizada que entre sí sostienen los hombres del pasado y los hombres del porvenir, ya dan por resultado la opresión del pensamiento amarrándole sin piedad a la cadena de las tradiciones, ya producen esos deplorables extravíos de la razón que manchan la historia de las sociedades modernas, dejando sin freno ni valladar a las pasiones humanas.⁹

⁹ Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, p. 1.

Agrega que la humanidad debe seguir su camino hacia la perfección; sin embargo, aquellos que defienden el principio de la libertad han sido proclives en proteger atroces libertinajes, en tanto que aquellos que invocan el orden se han convertido en instrumentos de absurdas tiranías. Afirma que en la conciliación de ambos se encuentra la perfección de los sistemas de gobierno, que es el gran bien a que aspiran las sociedades modernas. Sin embargo, todavía no existe algún pueblo en la tierra que haya podido hermanar ambas ideas; de aquí esas interminables luchas que han producido la “ley de las reacciones” en uno y otro bando, mismas que no dejan lugar al espíritu de templanza y moderación. Las reacciones son reflejos instintivos de los grupos políticos y la sociedad en general frente a la intolerancia que propugna el gobierno en turno. Su resultado es la “revolución”, fenómeno que en el discurso decimonónico no significa necesariamente un movimiento de avanzada, y que se ha presentado según Portilla en todo el mundo, sin que nadie hasta el momento haya podido detenerlo.

En este sentido enfatiza que el movimiento de Ayutla fue una reacción frente a las exageraciones de la dictadura. Justa en sus orígenes y heroica en sus hechos, la revolución que acabó con la dictadura de Santa Anna puede ser magnífica en sus resultados, si los mexicanos saben aprovechar las lecciones que contiene. La anterior afirmación fue sin duda uno de los motivos más poderosos para que escribiera la historia de la revolución suriana. Para él, la historia como fuente de inspiración ideológica tenía como misión enseñar a los hombres el comportamiento de sus sociedades, las fatigas que debían soportarse y las acciones de sus directores. Todo ello redundaba en una enseñanza para el desarrollo de las sociedades. Escribir, relatar lo sucedido de la manera más fiel y, finalmente, aleccionar eran tareas que debía cumplir el historiador y que el político debería conocer. La revolución contra Santa Anna fue un movimiento que despertó en él simpatías por la forma que tomó, la orientación morigerada que asumió y la comunidad de intereses con los directores que estaban en el poder a partir de diciembre de 1855. La moderación y la templanza eran características del pueblo mexicano y éste debía aprovecharse de las bondades que se le presentaban. Comofort podía someter las pasiones políticas con la ayuda de todos los ciudadanos que quisieran el bienestar de su patria.

Para don Anselmo, el presidente estaba unido a una serie de hombres convencidos de la necesidad de una reforma que tomara en cuenta los buenos legados del pasado y los intereses del presente; que la marcha de las sociedades debía ser espontánea y no violenta. En este sentido era una necesidad respetar las creencias y las tradiciones de los pueblos. Indica que para él Alexis de Tocqueville, a quien considera

como uno de los más eminentes escritores de la escuela reformista, corriente que conlleva la idea de un gradualismo (noción de perfección) en el quehacer humano, había sostenido que los gobernantes de las sociedades tenían como obligación adaptar sus gobiernos a los tiempos y a las costumbres, modificándolos según las circunstancias y los hombres, ya que no se podía establecer el reino de la libertad sin el de las costumbres, ni había fundamento para las costumbres sin las creencias. Por ello no podía sostenerse la idea de una libertad ilimitada pues:

La providencia no ha hecho a la humanidad ni del todo independiente ni del todo esclava; para cada hombre ha trazado un círculo fatal es cierto, pero en sus vastos límites el hombre es libre y poderoso: lo mismo son los pueblos.¹⁰

En este concepto, la libertad y la opresión no pueden ser juicios absolutos; las vivencias, la realidad, el mundo de lo cotidiano fluctúan en un término medio donde se encuentran luces y sombras, pero es lo racionalmente correcto. Pretender lo omnímodo es ser dogmático y poco realista.

Seguir con cuidado el libro de De la Portilla es descubrir su preocupación por darle peso y unidad a su caracterización ideológica. Para ello de nueva cuenta utilizó el recurso de autoridad con escritores que acababan de morir como François Chateaubriand, Donoso Cortés, teórico del conservadurismo español, y el citado Tocqueville, todavía vivo. Todos ellos críticos, como Edmund Burke, de un liberalismo jacobino que había dejado honda huella en los pensadores europeos que identificaban tal postura política con los excesos que provocó la Revolución Francesa. Experiencia traumática, según consta en la historiografía que versó sobre ese tema¹¹ y que es reproducida de manera limitada por los pensadores hispanoamericanos. Portilla, como José María Lafragua en la década de los cincuenta, estaba inmerso en la ideología del momento: el moderantismo. Ya no era la restauración borbónica, pero tampoco la monarquía burguesa de Luis Felipe de Orleans. Era el tiempo de Napoleón III, régimen que marcó la pauta del comportamiento occidental. Faro de la civilización al que Manuel Payno le reprochará en 1862 el hecho de que invadiera su patria.

Anselmo de la Portilla termina su relato sobre la revolución suriana siendo congruente con su línea de morigeración política. Subraya que, al llegar Comonfort a la presidencia, éste le devolvió su sentido

¹⁰ Alexis de Tocqueville, en Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, p. 333.

¹¹ J. Mc Manners, "The Historiography of the French Revolution", en *The New Cambridge Modern History*, v. VIII, United Kingdom, Cambridge University Press, 1965.

primigenio al movimiento. Don Ignacio había derrotado a la tiranía de Santa Anna, pero sobre todo obtuvo una victoria “contra los gérmenes de corrupción y muerte que la demagogia infiltró en su seno”,¹² juicio el último que no deja lugar a dudas por su desafecto al gobierno de Álvarez, al cual le dedica dos o tres líneas, y ello solamente para hacer referencia a la ley de fueros civiles y eclesiásticos promulgada por el ministro Benito Juárez. Ley impolítica, pues encendió los ánimos y provocó una reacción en contra de la revolución que acababa de triunfar.

A partir de diciembre de 1855 se trataba de hermanar el orden y la libertad en una situación normal de cosas. Sin embargo, previno el autor, que si con el paso del tiempo se daba cabida a las exageraciones y la república entraba de nueva cuenta a la guerra, ésta no podría achacarse ni a la revolución suriana, ni a los hombres que la consumaron, pues su espíritu de tolerancia radicaba en establecer una paz duradera que tomara en cuenta los intereses de todos los sectores del país.

Sus temores se hicieron realidad y por ello su relato abarcó hasta abril del año siguiente, lapso que, como ya mencionamos páginas atrás, no estaba comprendido en el título.

Podemos intuir que Portilla agregó todo este tiempo a su relato porque cuando terminó de escribir lo concerniente a la revolución suriana, es decir, a mediados de 1856, le pareció indispensable llegar hasta el momento en que estaba redactando. Ello a pesar de que ya había caído Santa Anna, personaje y acciones que daban origen al texto y que la revolución como movimiento acababa de terminar para dar paso al régimen de instituciones. Es posible que también haya considerado — y esto me parece más cercano a su teoría de las reacciones— que la revuelta conservadora acaudillada por Haro y Tamariz en la ciudad de Puebla, su combate y el triunfo de las armas gubernamentales, constituían el epílogo natural de aquel movimiento revolucionario que se había iniciado en un oscuro pueblo del departamento de Guerrero. Junio de 1856 era un buen momento para incluir dichos acontecimientos en el libro, ya que por esas fechas la popularidad del presidente estaba en su cenit y Portilla podría, por medio de los últimos sucesos, demostrar que las exageraciones demagógicas durante el breve gobierno de Juan Álvarez engendraron la última reacción ultramontana y todo ello tenía su explicación por el exclusivismo de los grupos políticos. Tal y como lo dejó él mismo asentado:

Hemos concluido nuestra relación. En cada una de las fases del recorrido, se ha podido ver comprobada la observación que hicimos al empezar: la

¹² Anselmo de la Portilla, *op. cit.*, p. 256.

exageración política es causa de revoluciones y de la desgracia de los pueblos. La exageración de un principio hizo de Santa Anna un tirano, y produjo la revolución y retardó su triunfo: nuevas exageraciones vinieron a desconceptuarla en los días de su costosísima victoria y trajeron en pos de sí una reacción formidable. ¡Cuánta sangre ha costado y cuántas lágrimas salvar en todos estos casos la causa de la libertad y del orden, la causa de la justicia, la verdadera causa del pueblo!¹³

MÉXICO EN 1856 Y 1857. GOBIERNO DEL GENERAL COMONFORT

En noviembre de 1858, o sea a dos años y medio de que había salido a la luz el libro sobre la Revolución de Ayutla, Anselmo de la Portilla editó un segundo texto de historia inmediata. El título habla por sí mismo en cuanto al lapso temporal pero no en el propósito de su hechura. En 1858 su situación personal y la de sus correligionarios era distinta de la de abril de 1856, tiempo culminante de la primera obra. Ahora estaban en el exilio, pero de ninguna manera en una penosa situación económica, pues vivían confortablemente en la ciudad de Nueva York. El texto fue editado en 1858 en la imprenta de S. Hallet en dicha ciudad y también tuvieron que pasar más de 130 años para que se reeditara una versión facsimilar por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana dependiente de la Secretaría de Gobernación. Vale la pena subrayar que es sin duda alguna la fuente más importante para comprender, según la óptica del moderantismo, el proyecto y la gestión presidencial de aquel momento.

El partido moderado había sido derrotado, sus hombres denostados, y tanto los conservadores como los liberales radicales los hacían culpables del terrible estado que guardaba México a causa de la guerra civil; fenómeno social que había estado muy presente en el equipo político de Comonfort. La correspondencia particular mostraba la preocupación por el posible estallido del conflicto y la prensa hizo eco de tales temores subrayando que la responsabilidad recaería en tirios y troyanos si sus inconsecuencias daban lugar a un conflicto duradero y de carácter nacional. Sin embargo, todas aquellas acciones que llevaron a cabo para evitarlo, paradójicamente los arrojaron hacia dicha situación, como si fueran personajes de una tragedia griega.

Los dos partidos contendientes lanzaron feroces acusaciones al extinto gobierno de Comonfort y, por la violencia que tomó el conflicto, era indispensable brindar al público una versión de lo sucedido en aquellos años. Su conciencia se lo exigía y era una manera de combatir

¹³ *Ibid.*, p. 328-329.

la intolerancia de las facciones que nunca comprendieron cuál era el verdadero camino que debía seguir México.

Finalidad

La obra tiene como objeto explícito narrar los sucesos más importantes de dicho periodo, para con ello poder justificar las acciones de aquella administración. Tal sentido del libro, al igual que el que trata la Revolución de Ayutla, se encuentra en el breve pero interesantísimo prólogo, que seguramente fue redactado para que al lector no le quedase duda alguna sobre cuáles fueron las intenciones del autor.

Anselmo de la Portilla sostiene que en México existen tres partidos que se disputan el poder y que han estado presentes en la historia del país desde que se hizo independiente: los moderados, los conservadores y los puros. En el caso concreto que quiere relatar, apunta que el presidente Arista cayó del poder porque gobernó con las ideas de los moderados; Santa Anna hizo suyo el elemento conservador excluyendo a cualquier otro. Álvarez impuso el criterio de los puros y Comonfort se propuso cumplir fielmente las ideas expresadas en el Plan de Ayutla reformado en Acapulco, texto este último que contiene diferencias sustanciales respecto al original y que el gobierno observó en su mayor parte, proceder que a juicio del historiador es inobjetable y único en el acontecer mexicano. Al respecto subraya:

La política de Comonfort ha sido mal juzgada porque ha ministrado los datos el espíritu de partido. Colocado entre dos bandos opuestos a quienes quiso reconciliar, cada uno de ellos le achacó las ideas de su contrario: el uno le llamó demagogo y el otro le acusó de retrógrado; y estas contradictorias acriminaciones han servido de base al concepto que se ha formado de aquel hombre y de su gobierno.¹⁴

Los unos lo acusaron de ser enemigo de la religión y de la Iglesia. De querer acabar con las jerarquías sociales y exterminar las instituciones antiguas y lo bueno que significaba la tradición. En suma el gobierno de don Ignacio era la personificación “de todas las impiedades y de todas las violencias revolucionarias”. Por su parte los puros creyeron que contemporizó con las exageraciones del pasado, “que se detuvo cobardemente delante de las resistencias en el camino de la Reforma”,

¹⁴ Anselmo de la Portilla, *Méjico (1856 y 1857). Gobierno del general Comonfort*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1987 (República Liberal, Obras Fundamentales), p. v.

pero sobre todo que el gran partido liberal no le debía nada sino que por el contrario sufrió un cruel desengaño. Apreciaciones equivocadas todas las anteriores, según el autor, ya que Ignacio Comonfort cayó del poder en enero de 1858 porque durante su administración no hizo exclusiva una ideología, sino que trató de reconciliar a todas las facciones. Y pregunta al lector: ¿fue malo este pensamiento? La experiencia le demostraba al presidente que el exclusivismo había provocado la caída de los anteriores gobiernos y por lo tanto la prudencia le aconsejaba hacer un esfuerzo para reconciliar a los partidos en beneficio de la sociedad. Pero si era un buen programa ¿por qué fracasó? ¿Qué debió hacer u omitir para realizarlo? Así Anselmo de la Portilla exponía claramente el objetivo de esta segunda obra:

Lo dicho basta para que se comprenda cuál es el objeto de este libro; describir un periodo importante de la historia de Méjico, hacer justicia a quien la tiene, recordar hechos que pueden servir de lección para el futuro y procurar que tengan fin las agitaciones de un pueblo desgraciado que merece ser dichoso.¹⁵

Estructura

La estructura del libro es parecida a la del que trata la revolución suriana. Es un relato lineal que parte de los festejos celebrados en la ciudad de México por el triunfo de las armas gubernamentales frente a la insurrección en Puebla, que es el último acontecimiento narrado en el libro de 1856. El lector tiene la posibilidad de pasar de un libro a otro como si fuera la continuación del mismo, a pesar de que existen más de dos años de diferencia entre ambos. Desarrolla cronológicamente los acontecimientos más importantes del periodo, poniendo especial énfasis en las medidas reformistas (libertad de imprenta, desamortización de bienes civiles y eclesiásticos, obenciones parroquiales, entre otras) llevadas a cabo por el Ejecutivo. También expone todas las tácticas conspiratorias del partido conservador tanto en su vertiente militar como el apoyo incondicional que tuvo por parte de la jerarquía eclesiástica, a quien considera como la principal responsable del enrarecimiento del ambiente político y culpable de las muertes que como resultado de las maquinaciones se sucedieron en aquel tiempo.

No analiza la importancia de las relaciones diplomáticas con Estados Unidos y la Gran Bretaña, pero sí lo hace en el caso de España,

¹⁵ *Ibid.*, p. viii.

pues los asesinatos de San Vicente en el Estado de México pusieron al país casi en un estado de guerra con la antigua metrópoli. Portilla explica la situación en que ocurrieron dichas muertes y en general el hecho de examinar tal cuestión es un acto consecuente con su hispanofilia vital. Tampoco es de su interés, y lo expresa claramente, referir todas las mejoras materiales que se llevaron a efecto en estos dos años. Finalmente estudia el carácter de la Constitución de 1857, las dificultades que suscitó su contenido y la poca armonía existente entre el presidente y el Congreso. Todo ello para explicar las causas y el ambiente que generó la revolución de diciembre de 1857, acontecimiento que según su óptica no fue un golpe de Estado, pero provocó una situación de cosas que culminó en la destitución del presidente Comonfort, suceso que fue visto con impasibilidad por los coaligados que defendían la Constitución y que contemplaron con regocijo la expatriación voluntaria de don Ignacio.

Asegura el autor que las facciones no comprendieron la idea de su gobierno y por ello cuando cayó del poder se repitió la crisis política que era común cuando un levantamiento triunfaba. El anterior juicio refleja que Portilla no logró apreciar la enorme diferencia entre cualquier asonada y el inicio de una guerra civil, sobre todo si tomamos en cuenta que el libro se escribió a finales de 1858 y seguramente en ese momento contaba con información suficiente para valorar de forma correcta la sangrienta lucha que se estaba librando y que era resultado del golpe de Estado. Acontecimiento que sólo desencadenó la guerra, ya que era inevitable, dado el creciente encono entre ambos partidos a partir de por lo menos la derrota frente a Estados Unidos. Sin embargo es interesante reproducir su idea en torno al principio y fin de esa administración:

El 12 de diciembre de 1855, día de su exaltación al poder, Comonfort encontró en frente de sí a la oposición ultra-conservadora que armada de todas sus armas le declaraba la guerra, y a su lado a la oposición ultra-democrática, que ayudaba al común enemigo promoviendo en la capital un tumulto. El 21 de enero de 1858, día de su caída, tuvo Comonfort la misma escena delante de sus ojos: en frente la oposición ultra-conservadora que había triunfado, y cerca de allí la oposición ultra-democrática, que había presenciado impasiblemente aquel triunfo.¹⁶

Finalmente el libro sobre la administración de don Ignacio difiere en cuanto al que trata la Revolución de Ayutla en que no cuenta con un apéndice documental, a pesar de que cita algunas leyes y decretos, sin

¹⁶ *Ibid.*, p. 16.

dar noticia de dónde los obtuvo, lo cual nos hace pensar en la premura con la que salió del país. Es creíble que en este aspecto Ezequiel Montes, Lafragua y el propio Comonfort se llevaran del país papeles justificatorios o comprometedores para ser usados a discreción según las circunstancias y que Portilla tuvo la autorización para emplearlos. Tampoco utiliza el recurso de refrendar sus aseveraciones con el peso que proporcionan los pensadores extranjeros, ni de *La Biblia*, ni de autores clásicos, pero sí toma como base para su explicación general de la administración moderada, al grado de ser esencial en el primer capítulo y referencia obligada a lo largo de la obra, un impreso que en julio de 1858 había editado el ex presidente y que lleva por título *Política del general Comonfort durante su gobierno en Méjico*, documento que además fue agregado por Portilla al final de su libro. Este panfleto, cuya autoría me parece no es exclusiva de don Ignacio, utiliza una serie de calificativos, giros lingüísticos y conceptos de teoría política que eran de uso común en la correspondencia particular de los miembros del gabinete y sus amigos. Vale la pena anotar que una lectura de la obra de Manuel Payno *Memorias sobre la revolución de diciembre de 1857 a enero de 1858* contiene semejanzas notables respecto al documento publicado por Comonfort y el libro en materia, lo que necesariamente nos lleva a afirmar, como lo hicimos al inicio de estas líneas, la existencia perfectamente definible de una ideología que suscriben los miembros del partido moderado.

Ideología

Al respecto pueden mencionarse algunas características como es el que México contara con un Poder Ejecutivo vigoroso que fuera respetado y obedecido en el territorio nacional, “la dictadura liberal” como la llamaría Lafragua; un Poder Legislativo dividido en dos cámaras, y con ello acabar con el monopolio que ejercían los diputados además de otras ideas en los campos de la religión, la economía y la educación. Sobresale para los fines de De la Portilla, el esquema de gobierno y la existencia de un partido nacional que integrara lo positivo de las facciones políticas y que se le identificara con los colores patrios. Al respecto cita al ex presidente:

El país quería orden pero no despotismo, libertad pero no libertinaje, reforma pero no destrucción, progreso pero no violencias: y al querer esto, y al expresar sobre ello su voluntad tan resueltamente como la había expresado, había fijado sin duda de una manera evidente las bases de la

política, de mi gobierno. Esta política, para corresponder a aquellas aspiraciones, tenía que ser reparadora de todos los infortunios pasados, conciliadora de todos los intereses presentes y protectora de todas las esperanzas futuras; y yo la adopté, no sólo porque éstos eran los deseos generales de la nación y éstas sus esperanzas al designarme para el poder supremo, sino porque tal había sido siempre mi modo de pensar en estas materias.¹⁷

Comonfort quiso mostrar a sus compatriotas el rostro bondadoso de la revolución. Sus creencias, su vida familiar, sus amigos y su penetrante sentido de observación del pueblo mexicano lo obligaban a no desconocer su carácter violento pero al mismo tiempo a considerar su tendencia innata a condescender, a pesar de que no cumplierse o no creyese en una determinada cosa. Él siempre arguyó que los mexicanos eran muy religiosos y que por ello no podía consentir en las medidas que pretendía imponer Melchor Ocampo. Sin embargo, como indicamos anteriormente, Anselmo de la Portilla es muy claro en acusar a la jerarquía de la Iglesia católica de provocar un ambiente de incertidumbre, de manipular las conciencias, pero sobre todo de no entender y menos apoyar los cambios de una reforma gradual en manos de un presidente respetuoso de la religión. Y así como responsabilizó a los anteriores, es también palpable al final del libro, su enojo por la actitud que hacia Comonfort tomaron los “demagogos”, quienes no comprendieron el verdadero sentido de las palabras libertad, reforma y progreso. Se podía ser liberal y progresista sin ser irreligioso y anárquico, pues la libertad de los pueblos no está reñida con su religión.

El pensamiento del ex presidente fue una novedad en México y por ello no era extraño que se vacilara en la ejecución del programa, pues no contaba con precedentes que le ilustraran la manera de vencer las dificultades que se sucedían día a día. Sus enemigos de una y otra facción subrayaron lo quiméricos que resultaban los sistemas de conciliación, donde se ligaban vencedores y vencidos en un ambiente de concordia. Tal vez, apunta Portilla, dicha forma de proceder fuese una ilusión ya que se ha ensayado pocas veces en el mundo, pero precisamente por ello valía la pena intentarlo pues los sistemas “de exclusivismo son un lago de sangre”. En este sentido sostiene don Ignacio:

Si se malogró mi política, fue porque yo le arrojé en mala ocasión sobre un suelo esterilizado por las pasiones, y no pudo crecer. Pero sembrado quedó allí; y algún día dará fruto, cuando Dios quiera enviar a mi patria

¹⁷ *Ibid.*, p. 13.

gobiernos más dichosos que el mío, que marchando por la misma senda, tengan la fortuna de llegar al término que yo anhelaba.¹⁸

Como sostuvimos al principio de este ensayo, el contenido del libro fue acremente criticado por el gabinete liberal de Veracruz. Se acusó a Comonfort y a sus seguidores de acrecentar la división entre los liberales y de querer recuperar el poder por medios violentos. El “menino” de Portilla pretendía con su libro defender lo indefendible. Por último el propio José María Vigil, en su análisis sobre el periodo de la guerra civil y la Intervención Francesa, sostuvo que era muy importante conocer la visión de alguien que había estado en contacto estrecho con los proyectos del presidente, a pesar de que muchos de sus juicios fuesen discutibles, cosa normal cuando se reseña una época tan agitada y llena de pasiones. Lo que sí resultaba profundamente criticable era que, a pesar de que Anselmo de la Portilla propugnaba una concepción del devenir político que tomara en cuenta el conjunto de las ideologías y en sí las diversas nociones del mundo, en la práctica su libro era tan parcial como “el espíritu de partido” que tanto había criticado.

Conclusión

Los textos sobre la Revolución de Ayutla y el gobierno de Ignacio Comonfort resultan sin duda alguna importantes para la historiografía mexicana, ya que en el caso del primero se adelanta con mucho a diversos autores de la centuria pasada que escribieron sobre la época, o como el caso de Francisco Zarco, quien en 1856 desde *El Siglo Diez y Nueve* informó que sacaría a la luz una historia sobre el movimiento suriano, obra que desafortunadamente no realizó. Por lo que se refiere al libro editado en Nueva York, es el único trabajo monográfico sobre aquel periodo presidencial y ha servido en ulteriores investigaciones para reconstruir un bienio, aparentemente corto, pero importantísimo para comprender las causas y el desarrollo de una serie de acontecimientos que le dieron a México un perfil característico.

Los libros fueron escritos en diferentes circunstancias, pero sobre todo fueron encargados para responder a distintos propósitos, y ambas condicionantes se perciben con nitidez al comparar la estructura y calidad del texto que narra el movimiento que acabó con el gobierno de Antonio López de Santa Anna, con el que pretende explicar el tipo

¹⁸ Ignacio Comonfort, “Política del general Comonfort durante su gobierno en México”, en Anselmo de la Portilla, *Méjico (1856 y 1857)*..., p. 395.



de gobierno que quiso establecer Comonfort. Asimismo debe considerarse que las dos obras responden cronológicamente a un periodo de maduración de De la Portilla, y en ningún momento a la de un autor que, ya al final de sus días, sigue defendiendo una filosofía que le ha dado sentido a su paso por este mundo.